

sea para desenvolverse interiormente, siempre quedará un resquicio en el que falle su cerrazón de fronteras. En estas señales, se trata de presentar de una manera resumida y expositiva, lo que sucede en el ambiente cultural de otros países lejanos, para dar una cuenta somera de todo ello y acicatar el espíritu de curiosidad por el pensamiento universal.

Pero si las trabas se complican, difícil es procurar este contacto. Los libros, ese material de primera necesidad, aunque se niegue su importancia en ciertos sectores y aunque haya una tendencia recién nacida a formar hogueras con ellos, necesitan de una circulación libre y abierta, tanto más cuanto que muchas naciones no producen lo suficiente para considerarse satisfechas de su recolección literaria o científica, porque las cosechas no lucen aún con destellos extraordinarios.

Esta señal manifiesta el peligro de esas trabas y protesta contra las detenciones de la literatura que llega de afuera, contra el precio que se hace adquirir a una obra necesaria, por los trámites de un cambio que podía tener un arreglo favorable si se quisiera, por la imposición de grillos y cadenas a la inteligencia *importada*; rompiendo curiosidades altísimas y trabando de pies y manos el avance de un derecho que la civilización coloca en primera línea: el de adquirir conocimientos nuevos y expandir la cultura.

Otras señales

□ «Contra los pintores de hoy día» se llama el ensayo de Maurice Sachs, publicado en la N. R. F. de Julio. Una catilinaria contra el arte actual. Hecha con talento, discreción, conocimiento de causa y buenos materiales... de destrucción. Maurice Sachs dice que la pintura moderna, desde Renoir, ha olvidado la calidad esencial del cuadro: la materia. Es decir, la misma pintura como tal pintura, destacándose en el cuadro, fuera del dibujo, de la figura, la sombra y el color. Algo que en Rembrandt y en el Tintoretto alcanzó su expresión máxima y que ahora parece olvida-

do. La pintura actual es demasiado cerebral para conceder los fueros necesarios a la materia, a lo físico. Un pintor sin materia no le parece un pintor, sino más bien un teórico del dibujo y la composición. El pintor está obligado a que se haga, materialmente, en su obra, carne de colores, entendiendo carne en todos los sujetos, a parte del desnudo. Picasso, Braque, Lhote, Leger forman un grupo demasiado intelectual. Después Dalí, Masson, Miró, Arp y Ernst, queriendo utilizar otros procedimientos, caen asimismo en la teoría excesiva. Maurice Sachs sostiene que es necesario volver a la materia. Su estribillo es la materia pictórica. No niega a Picasso, por ejemplo, concediéndole un talento extraordinario para la pintura, sólo superado, según el autor, por Rafael; pero afirma, hipotéticamente, claro está, que de la obra del gran malagueño permanecerá muy poco en el futuro por falta de calidades materiales. El estudio de Maurice Sachs merece ser discutido y es de esperar que alguien, (nos imaginamos que André Lhote tiene la palabra), le conteste. Pero tiene este ensayo dos buenas posibilidades: la de la discusión sobre un tema de alto interés, que siempre dará luz y la exposición de una crítica negativa, hecha con talento y dando a cada cual lo que le corresponde. No es un discurso vacío sobre el arte actual ni un alegato en favor de las mediocridades que se creen en lo cierto. La prueba está en que al hablar de pintura actual, no surge en el estudio ningún premiado en la Royal Academy, ningún autor de cromos para hogares honestos y caballerosos, ningún brochagorda paisajista de medio pelo. No. La pintura de hoy día tendrá aspectos discutibles, pero la pintura de hoy día parte de Picasso y se llama... los nombres que se citan más arriba en este mismo párrafo. El señalador, al exponer, advierte que no está conforme con Maurice Sachs, a pesar de las admirables sugerencias que hay en su estudio.

□ El cinema nos ha traído dos películas que es necesario citar como dos obras de arte. Distintas y casi alejadas, pero cuajadas

de verdad artística y de belleza. «Señoritas en uniforme» y «Cuatro mujercitas». Ambas tienen la base de una excelente dirección. Con tonalidades diferentes, siendo la una yanqui y alemana la otra, dejan una impresión igual de obras admirables. En una, el romanticismo ingenuo de una época que nos parece a ratos prehistórica, a ratos muy cercana. Las cuatro hijas del Doctor Marsh forman un delicioso ambiente, lleno de ternura sin almíbar. Sobre todo, Jo, encarnada por Catherine Hepburn, es una creación admirable. ¡Pardiez, qué gran actriz ésta, que va envolviendo en brumas, con su naturalidad, a ese témpano con calefacción llamado Greta Garbo y a esa «trois-quarts-de-vierge» de Marlene!... (Sin negar a esta última su admirable «Angel Azul»). La Hepburn se conquista un primer plano desde «Morning Glory», por esa naturalidad indefinible, que no deja de ser natural siendo artística, que dista tanto de lo teatral como de lo cotidiano, que identifica la vida con el arte, que coloca, en fin, al espectador en un paisaje de verdad y de ficción entremezcladas, el ideal de la escena. Todo el film es bueno. Paul Lukas tiene un papel espléndidamente desempeñado. La vida luce en esta obra, a pesar de lo lejana que se nos aparece en determinados momentos. Ese algo invariable y fuerte que se ríe de las mudanzas y de los cambios accidentales.

□ «Señoritas en uniforme» es también un film de los que marcan su proyección con una fecha inolvidable en la historia del cinema. Dorotea Wieck, (a la que ya están tratando de echar a perder con canciones de cuna), comparte el triunfo con las colegialas. Todas ellas, al menos las que toman una parte destacada, merecen un aplauso por su trabajo. La fotografía es admirable. Pero, por encima de todo, los efectos «puramente cinematográficos», que no pueden darse sino en el cine y que le caracterizan, que debían ser la base del llamado séptimo arte, son maravillosos: esa busca de Manuela, por todas las alumnas corriendo por los tránsitos vacíos, subiendo y bajando escaleras. Esa angustia

de penumbra dolorosa que se apodera del espectador, valen bien por una temporada—y más aún—de sandeces revisteriles y canciones al borde de cascadas. Por supuesto, la película no hizo mucho efecto en el público grande. Unas señoras la encontraban inmoral y un caballero que dice discursos, la juzgó aburrida. Lo cual prueba que es la mejor película del año.

Agosto

□ En Agosto de 1913 se inauguró el Palacio de la Paz, en presencia de la reina de Holanda y Mr. Carnegie. En Agosto se declaró la guerra Europea, al año siguiente. Es un mes de contrastes: León y Virgo se dividen el Zodíaco. La hermosa y la fiera.

En los augurios astrológicos es el mes de mayor benevolencia, quizás el de mejor anuncio para los que nacen en sus días. Las mujeres que nacen en Agosto son bellas, con los ojos dulces y luminosos, tienen los trazos regulares y el rostro ovalado de una madona. Si se casan jóvenes, tienen hermosos hijos, disponen de un corazón excelente, y (oh, completa dulzura del mes de Agosto), están un poco encaminadas a la melancolía. En cuanto a los hombres... en fin, también los beneficia el signo estelar; y basta. que no estamos fabricando un almanaque.

Agosto es cuando la cigarra pasa el tiempo cantando, sin hacer provisiones. La única falla de la buena cantora admirable, es ir a pedirle comida, después, a un animalillo mequetrefe, sin dedicarse a morir de hambre dignamente.

Su nombre de emperador hace que nos lo imaginemos joven y dominante, con una mano alzada, dirigiendo al mundo, mientras a su sombra se inaugura el Palacio de la Paz y se inicia el Paisaje de la Guerra.—JOAN DE SELVAS.